

La transición cultural



Exorcismo en el lago, óleo de Mario Carreño.

En 1938, con el triunfo del Frente Popular, una nueva clase social accedió al poder, una de cuyas preocupaciones fue la de establecer una infraestructura que permitiera impulsar la creatividad artístico-cultural. La Universidad de Chile asumió, de hecho, las funciones de un Ministerio de la Cultura y, durante la rectoría de Juvenal Hernández, creó diversos organismos dedicados a tal objetivo. Así se crearon el Instituto de Extensión Musical, el de las Artes Plásticas, el teatro y el ballet universitarios. Fueron los tiempos de hombres de la talla de Domingo Santa Cruz, Vicente Salas Viú, Pedro de la Barra y Ernst Uthoff.

Sin embargo, toda esa organización, que dio magníficos frutos entre los años cuarenta y sesenta, fue quedando obsoleta a causa de la paulatina decadencia de la Universidad de Chile, los nuevos desafíos culturales que surgían del seno de nuestra convulsionada sociedad y la necesidad de autofinanciamiento que se impuso a las actividades artísticas universitarias.

Vino la dictadura y la censura estatal y la autocensura que con prudencia se aplicaron a nuestros artistas y escritores, además de la sangría que sufrió la comunidad artística con el exilio de sus exponentes más representativos, todo lo cual nos sumió en el llamado "apagón cultural".

Nadie esperaba que el gobierno de Aylwin pudiera hacer gran cosa en este campo. Ciertamente las prioridades debían ser otras. No obstante, uno observa lo que se ha hecho en política cultural y queda gratamente asombrado. En mis manos tengo el número especial de la Revista *Cultura* que edita la Secretaría de Comunicación y Cultura del Ministerio Secretaría General de Gobierno, donde no sólo se da cuenta de lo realizado en este terreno, sino que se da tribuna a los más destacados representantes del mundo cultural para que expresen sus posiciones críticas, a la par que importantes personalidades de

nuestro mundo intelectual reflexionan sobre el actual estado de la cultura chilena y lo que debe ser una política destinada a facilitar su expresión.

La existencia de este libro es ya, en sí misma, un hecho que marca un hito en las siempre difíciles relaciones entre el mundo oficial representado por el Estado y la comunidad artístico-cultural.

Es posible que no se adviertan de inmediato los dividendos de la inversión superior a ocho mil millones de pesos que realizó el gobierno de Aylwin en 1993 en actividades culturales, cifra 22 veces mayor, en términos nominales, que el gasto que se realizó en el mismo rubro en 1991, pero la siembra está hecha y la cosecha se avizora generosa.

El gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle tiene como prioridad la batalla por erradicar la extrema pobreza, pero hay que tener presente que la pobreza de nuestras clases marginales no es sólo la carencia de bienes materiales, sino también la pobreza de su vida cultural. Crear las condiciones para que la cultura popular se exprese en sus múltiples facetas, debería ser la tónica más importante de la política cultural del gobierno que se inicia.

Tal vez lo más importante que se ha obtenido en esta nueva visión de lo que es una política cultural, es asumir que la cultura de un país no es una sola, que no se trata de realizar una actividad de extensión donde se lleve la cultura de las clases pudientes a los desposeídos de bienes de fortuna, sino que hay una diversidad cultural que pugna por manifestarse, para reafirmar así valores e identidades que son propios e irrenunciables.

Lo que el gobierno de la transición a la democracia ha hecho en lo cultural nos permite ser optimistas frente a lo mucho que aún queda por hacer en un campo tan importante y que hasta ahora había tenido una actividad deficitaria.

La ciudad y los "ordinarios"

Una amiga que recién regresó del exilio gritaba a voz en cuello: ¡Este no es mi Santiago! ¡Me lo han cambiado! Y seguía con que esta no era la vieja calle Ahumada, que le habían botado decenas de edificios, que además la gente no era la misma, ya no eran cariñosos, no tienen tiempo, prometen y no cumplen.

Yo me encogí de hombros y pensé ¿Será cierto lo que dice? La verdad es que no recuerdo bien cómo éramos antes, han pasado tantas cosas que nadie está pensando en cómo era Ahumada, Merced o El Bosco. Posiblemente durante mucho tiempo nos encerramos en nosotros mismos, con unos pocos amigos de veras. Y con desconfianza hacia todo lo exterior. Y era obvio. A mí mismo me importaba un bledo que hicieran paseos peatonales o que iluminaran los edificios desde abajo, porque no tenía ninguna relación de pertenencia con esas obras. Me sentía más bien como en una ciudad ocupada. Nunca me saqué esa idea.

Ahora que ha pasado o está pasando ese sentimiento, uno pone atención, se borra el temor a las cosas y a las personas. Y, pensándolo bien, desde hace 25 años a la fecha se han producido varias arremetidas en contra de la ciudad: el abandono definitivo de las familias aristocráticas que poblaban la Plaza Brasil, Compañía, Ejército. La conversión de sectores residenciales del centro en zonas de oficinas. La destrucción de las bellas casas de Providencia para levantar edificios.

Pese a todo, todavía llegan a la Estación Central algunas viejitas a vender camarones de Concepción o conejos de Melipilla. Si atravesamos la Alameda hacia el sur, hay pedazos enteros que se parecen a Curicó y muchos patios, parroques, ventanas con el rostro de cada cual, la pieza, los muebles y los retratos, en fin, signos de la vida que hemos vivido las personas y las cosas.

En cuanto a las personas, no recuerdo si fue

Coco Legrand o alguna otra figura televisiva de la época, pero fue alrededor de 1978 cuando se empezó a emplear la expresión "ordinario" para referirse a "los otros", a la gente pobre, la de más abajo. Y, claro, empezaban las grandes importaciones de Taiwán, alfombras, autos y más autos (tantos autos que ahora estamos pagando con nuestra propia vida), etcétera.

Yo pensaba en esos instantes cómo abusaban de los derrotados, cómo los transforman en hazmerreír. ¡Los ordinarios! De algún modo, esos ordinarios eran el ex pueblo, los mineros, los hombres de la construcción o los profesores con trajes pasados de moda. Debajo de esos bigotazos y de la tremenda verborrea de antaño, el ex pueblo, tan ensalzado antes, no estaba formado ya sino por los ordinarios. Lo demás eran cosas poético-románticas (como las canciones irreales que cantaban).

Personalmente, siempre he tenido cariño por el pueblo, depositario del lenguaje antiguo, de las tallas, los juegos, que va y viene sufriendo cesantías, inundaciones, desgracias. El que celebra el 18, que hace el pan de cada día. Y que hoy, a la buena de Dios, quizás se ha "lumpenizado", pero no totalmente. A lo mejor también lo de ordinario ya incluya a la clase media y a otros sectores. O quizás ya sea todo el país una pura larga franja de ordinarios sin vuelta.

Por último, tiene razón mi amiga, y es posible que ya no haya pueblo ni nada, revueltos entre tanto lumpen de zapatillas blancas y parkas negras, vendedores callejeros, ex chicanos, yupis chilenos, new wave artesas, cantantes de micros, ex interrogadores, y se ha revuelto la clasificación de antes y la ciudad se ha convertido en una Torre de Babel... ordinaria.

* Poeta y profesor.

El Palacio Pereira, reliquia de un Santiago que se fue.



¿Empresarios agresivos?

A mí me enseñaron que el juego económico tiene por fin satisfacer las necesidades. Pero ahora se habla de empresarios agresivos. Agresivos ¿para qué?

Para introducir un producto al mercado o para afianzar otros, sin importar los métodos que se empleen.

Yo digo que esa es la ruina de la empresa, porque si no satisface una necesidad, lo que hace es dar acceso al

PALABRA DE

LECTOR

mercado a quienes desean darse un gusto o un capricho.

Los gustos y caprichos son volubles. Si el gusto cambia o el capricho

está satisfecho, ¿qué hace el productor con su empresa?

Más vale satisfacer necesidades duraderas, con lo que las empresas, sin necesidad de ser tan agresivas, perduran o crecen.

No se olviden que en Chile tenemos un mercado potencial de cuatro millones de pobres, cuyas necesidades satisfechas dan buenos dividendos.

Abraham Nahmies Massoth
SANTIAGO

Barbarie en Elqui

En una excursión que hice por el Valle de Elqui en el mes de febrero, pude constatar con profundo pesar que en la entrada de El Almendral, donde se levantan varios eucaliptos a la orilla del río, la gente usa el hueco de los troncos como verdaderos hornos para hacer asados. Los árboles soporan sus heridas y su trágica situación y milagrosamente se mantienen en pie. Impresiona esta barbarie, sobre

todo si se considera cuánto se insiste en la necesidad de cuidar el medio ambiente y, en general, la naturaleza.

Es triste que estos árboles no puedan defenderse del crimen de los que les causan tales heridas, para vergüenza de los habitantes de El Almendral y de las autoridades del lugar, que son testigos del hecho pero no intervienen ni hacen nada para impedirlo.

Corina Rodríguez
SANTIAGO